

Paralelo del Arte Médico y del Arte Músico.

POR EL DR. FRANCISCO HURTADO.

Sabemos hoy que la moderna crítica esteticista propugna por afirmar que el verdadero músico, el músico comprensivo para cumplir dignamente su misión artística debe de pensar en música, esto es que debe tender a transmutar en sonido todas las sensaciones e impresiones que recoja del ambiente externo. Este supremo desiderato únicamente podrá alcanzarlo si se aplica a utilizar los datos aún empíricos de la intuición creadora que la Ciencia Armónica y la de la Composición no han logrado hasta hoy captar, pues constantemente se escapan al análisis exigente de los musicólogos, pero que precisa definir al tratar de estatuir en el dominio del arte las fórmulas que integran las formas musicales de la Sonata y de la Sinfonía ilustradas por genios creadores, llámanse estos Bethoven y Wagner en un glorioso pasado o Debousy y R. Strauss en un presente prometedor de impresiones artísticas reveladoras de la perturbadora sensibilidad moderna.

Procediendo por analogía habremos de decir que el perfecto médico será aquel cuyo esfuerzo mental se integre por el constante pensar en el proceso del mecanismo que revela la proficua observación del organismo enfermo puesto a su cuidado. Deberá en consecuencia aplicar las fuerzas de su mentalidad profesional en la consideración de que el organismo sufriente se encuentra en estado de plena funcionalidad, dado que la moderna ciencia considera las dolencias como una modificación cuantitativa más que cualitativa del proceso fisiológico, siendo la Fisiología la base esencial de los estudios médicos en toda Universidad debidamente organizada.

El estudio sintético de los procesos morbosos constituye en cierto modo un conjunto armónico comparable con el que caracteriza las relaciones de la Armonía y la Melodía siendo la primera como una red que sostiene y apresa a la segunda, pero de cuya íntima fusión brota el clamoroso canto que conmueve y perturba a las multitudes y que las sumerge en el océano de las ondas sonoras.

Inundemos nuestras almas en la contemplación estética que nos ofrece la íntima sensación que produce en nuestra mentalidad el espectáculo siempre palpitante y novedoso que integra el proceso genético que esencializa la enfermedad y recojamos a las ve-

ces los frutos preciados que gastados y asimilados por los obreros del arte médico nos llevan a suprimir las llagas que en nuestro cuerpo origina el áspid venenoso de las enfermedades.

Quizá en virtud de estas analogías someramente apuntadas, se podrá explicar la predilección de los médicos por el divino arte músico y no es desacertado esperar que en un tiempo no remoto al conseguir trazar las bases de la Estética de la Medicina, podamos reunir en el Cielo del Arte puro el glorioso nombre de Bethoven junto al espíritu genuinamente creador de Pasteur, pues si el primero creó el mundo de la Sinfonía, el gran francés supo elevar un canto de hosana en las esferas antes insondables de la Biología y fué por ende clasificado, en justicia, como el primero de los médicos de la extinta y proficua centuria en cuyos albores espirara el genio de Bon y en sus postrimerías cayera Pasteur al rudo golpe de traidora apoplejía, porque ¡oh dolor! la parca no respeta cual debería la prístina flama del genio que anhelamos fuese inmaculada e intocable.

Francisco Hurtado

(Viene de la página 367.)

afianzado el pacto social para poseer en todo tiempo los derechos de su soberanía, han querido retribuir agradecidos los servicios que V. M. I. hizo por su felicidad, ni es de esperar que quien fué su libertador sea su tirano: tal confianza tienen los habitantes de este imperio, en cuyo número tengo la dicha de contarme." Encarece después la moderación con que Iturbide había recibido la diadema que antes le habían ofrecido los pueblos y concluye diciendo: "Mi corto sufragio nada puede y solo el mérito que V. M. I. supo adquirirse, es lo que lo ha llevado al alto puesto a que lo llamó la providencia, donde querrá el imperio y yo deseo que se perpetue V. M. I. dilatados años para su mayor felicidad. Reciba por tanto V. M. I. mi respeto y las más tiernas afecciones de un corazón agradecido y sensible A los imperiales pies de V. M."

«LA GUERRA DE INDEPENDENCIA». — *F. Bulnes, 1910.*